



Montserrat Llor

Guerra civil y represión. Hablan las víctimas de Franco



CRÍTICA

Índice

- Portada
- Dedicatoria y agradecimientos
- Prólogo
- 1. Atrapados entre dos guerras . Sus heridas por Tierra, Mar y Aire
- 2. Recuerdos de familia: «¿Mamá, nos van a matar?»
- 3. Ochenta años: Los abuelos silenciados y los 14 fusilados de Carabanchel
- 4. Campos de concentración españoles . Panorama carcelario, 1936-1959
- 5. Mujeres en las cárceles franquistas . «No estamos locas»
- Testimonios. Por tierra
- 6. Ángeles Flórez Peón, «Maricuela»
- 7. Ángeles García-Madrid
- 8. María Salvo Iborra
- 9. Antonio Cánovas Lapuente
- 10. Marià Gadea Montava
- 11. Enric Pubill Arnó
- 12. Lluís Martí Bielsa
- 13. Fernando Macarro Castillo, Marcos Ana
- Testimonios. Por aire
- 14. Miguel de Miguel Montañés
- 15. Vicente Montejano Moreno
- 16. Gregorio Gutiérrez, «Guti»
- 17. Antonio Vilella Vallès
- Testimonios. Por mar
- 18. Teresa Alonso Gutiérrez
- 19. Manuel Arce Porres
- 20. Alejandra Soler Gilabert
- Epílogo. Las heridas de la memoria y la desmemoria
- Bibliografía
- Fotografías
- Notas
- Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Dedicatoria y agradecimientos

AL IGUAL QUE HICE en el anterior volumen titulado *Vivos en el averno nazi*, la intención de *Atrapados* consiste en rendir homenaje a todos los hombres y mujeres que lucharon, resistieron y sobrevivieron para contar su experiencia, en este caso de guerra civil, postguerra franquista y segunda guerra mundial en la URSS de Stalin. En 2016 se cumple el 80 aniversario del inicio de la guerra civil en España y, por ello, justo será rescatar la experiencia de estos nonagenarios que vivieron el conflicto y sus consecuencias. Son Memoria Viva. De algunos se ha hablado en diversas ocasiones, pero una gran mayoría son desconocidos para el gran público y creo que los jóvenes también deberían conocerlos. *Atrapados* es directo, ágil de lectura, una aproximación humana a cada entrevistado al tiempo que se evocan algunos episodios de nuestra Historia.

Por ello agradezco el apoyo incondicional de todos los entrevistados así como a sus familias. Ellos abrieron las puertas de su casa para rescatar su pasado, cruel a veces, despiadado, pero siempre emocionante. Son relatos de guerra, amor y muerte. Gracias por facilitarme material e información: Nadia y Jordi Cánovas, hijos del veterano guerrillero Antonio Cánovas; Antonio Vilella, hijo del mecánico de aviación republicano de la 4.ª Escuadrilla de *Chatos*, Antonio Vilella, uno de los fundadores de la Asociación de Aviadores de la República (ADAR); Marcos Macarro, operador de cámara de televisión y productor de documentales, hijo del poeta Marcos Ana del que está siempre pendiente; Bassi, la esposa del legendario aviador de *Katiuskas* Grego-

rio Gutiérrez «Guti» y presidente de ADAR; Pilar Sanz, profesora de la Universidad de Valencia, pendiente en todo momento de la gran e ilustre Alejandra Soler a sus ciento tres años; Luis Montejano, hijo de Vicente Montejano, superviviente de los gulags de Stalin, depositario de la memoria de su padre y con quien hemos compartido momentos inolvidables.

Imposible evitar manifestar un especial cariño por dos mujeres: Teresa Alonso, niña de la guerra de la que jamás había oído hablar. Me transportó al horror del Sitio de Leningrado durante nuestros sucesivos encuentros que se transformaron en amistad. Y María Salvo, que, durante numerosas visitas, entrevistas y dosis de paciencia por su parte, me ayudó a descender al infierno de las mujeres en las cárceles franquistas. Pura química y sincronicidad. Descubrí que había sido vecina de mis padres, en Barcelona, años atrás, antes de que yo naciera. Todos hablaban de ella y su esposo, encarcelados durante largos años en las prisiones de Franco.

A María José Palma, profesora e impulsora de la Asociación Internacional de Conflictos Contemporáneos (AICC) y la asturiana Ana González, psicoanalista, por conducirme hasta la entrañable «Maricuela» que me transportó a los años treinta y a la matanza de Carbayín, en Asturias.

A los cuatro especialistas que aceptaron colaborar aportando sus conocimientos y experiencia sobre el trauma y la guerra desde una perspectiva psicoanalítica y psicobiológica: Anna Miñarro, psicóloga clínica-psicoanalista, investigadora y autora de obras como «Trauma y transmisión»; Manuel Martín-Loeches, profesor de Psicobiología de la Universidad Complutense de Madrid y director de la Sección de Neurociencia Cognitiva del Centro de Evolución y Comportamiento Humanos (UCM-ISCIII); Esteban González López, médico, profesor de la asignatura «El Holocausto, una reflexión desde la Medicina», en la Universidad Autónoma de Madrid, y Manuel Moros Peña, médico y escritor.

Agradecer también a entidades y asociaciones como la Asociación Guerra y Exilio (AGE), cuya secretaria, Dolores Cabra, una todoterreno de la Memoria Histórica es una fuente de energía y actividad.

A la Associació Catalana d'Expresos Polítics, en Barcelona, presidida por Enric Pubill, con Lluís Martí Bielsa de secretario, ambos en este libro, la incansable Rosario Cunillera, hija de republicano que luchó en la guerra civil, y Antonia Jover, Toñi, una recién nacida cuando entró con su madre en la cárcel donde permanecería tres años.

A la Asociación de Aviadores de la República (ADAR), que con pocos recursos hacen mucho gracias a la labor de personas como Antonio Valldeperes, su vicepresidente, que me acompañó en algunas visitas históricas, siempre atento, y Mari Carmen Martín, secretaria técnica de la entidad e hija del aviador Hilario Martín Núñez. En este capítulo no puedo dejar de nombrar a alguien también especial: Miguel Comas Illas, hijo de uno de los más avezados aviadores republicanos, el que fuera jefe de la 3.^a Escuadrilla de Chatos y capitán del Grupo 26 en la Batalla del Ebro, Joan Comas Borrás.

A la Asociación de la Memoria Social y Democrática (AMESDE) por la constante labor de Jaime Ruiz, Goyi Sanz y el periodista, escritor y amigo Ignasi Riera. También al periodista Javier Alfaya, uno de los primeros que en 1970 escribió sobre los españoles y el III Reich.

Al Museo Marítimo de Barcelona donde, buscando marinos e información para este y futuros libros conté con la inestimable ayuda de Enric García, jefe del Área de Gestión de Colecciones, Conocimiento y Conservación, y Silvia Dahl.

De igual modo agradecer al fantástico e interesantísimo archivo del CRAI Biblioteca del Pabellón de la República, así como a su equipo de archiveros; también al Arxiu Nacional de Catalunya (ANC) por la predisposición y rapidez de Rosa María Cruellas (responsable del Servicio de In-

formación y Referencia) y de Mireia Bo (biblioteca y sala de consulta). También al Arxiu Nacional d'Andorra por el apoyo de Lidia Arbués (Área de Archivos y Gestión de Documentos) y Virginia. De igual modo, consulté el Archivo General Militar de Ávila, con un personal muy eficiente en su gestión, y también los archivos del Tribunal Superior de Justicia de Catalunya (TSJC) en Barcelona, donde conté con la ayuda de Joan Ignasi Salcedo, archivero responsable del archivo central del TSJC y de la Audiencia Provincial de Barcelona.

El agradecimiento también se traslada a Canarias donde, tras impartir una charla sobre los españoles supervivientes en campos nazis, conocí a Mercedes Chinaea, Patronato de Cultura de Arona (Tenerife) y Eliane Ortega, historiadora, especialista del exilio republicano en África.

Asimismo deseo mencionar a la periodista Marisa Real, quien me invitó a participar en una de las charlas del Club Faro de Vigo que ella organizó durante años, y al también periodista Xosé María García Palmeiro por su cariño y presentación.

A alguien muy cercano que me dio buenas indicaciones, siempre atento al mundo cultural, Javier Lezcano, historiador, librero en la Machado y, sobre todo, buen amigo.

Agradecer a la editorial Crítica por darme la oportunidad de publicar este libro, con Carme Esteban al frente y que cuenta con un excelente equipo humano y profesional, Raquel Reguera, Sergi Díaz, Laura Gamundí. Y, por supuesto, un guiño a Laura Franch (Planeta).

Imposible obviar nombrar a dos personas especiales que siempre han apoyado mis proyectos: Ángela Mausó y Rosa Serra, suegra y madre, respectivamente, ya que han sido la memoria y los recuerdos de Rosa, una niña durante la guerra, el origen de este libro. Su narración del pasado era terrible pero real y queda resumida brevemente en el capítulo 2.

A todos los compañeros del trabajo cotidiano en la Delegación de la Generalitat en Madrid y el Centro Cultural Blanquerna, por remar desde hace tiempo juntos en el mismo «barco».

A Ángel Viñas por su prólogo, todo un lujo para estas páginas.

Por último, agradecer a Pablo Villarrubia, periodista, el inductor de la investigación de *Vivos en el averno nazi*, al darme a conocer la historia de su abuelo muerto en el campo nazi de Gusen (Austria) que recuperó para «Cuarto Milenio»-Cuatro TV. Aquel abuelo desconocido murió durante la segunda guerra mundial, pero había luchado previamente en la guerra civil en España. Por eso, *Atrapados* está dedicado también a todos los luchadores incansables contra el fascismo, contra el nazismo y los supervivientes de las últimas guerras del siglo xx.

Prólogo

HACE ALGUNOS AÑOS, Montserrat Llor tuvo la gentileza de pedirme que presentara en Madrid un libro de entrevistas a españoles apresados en el implacable rodaje de los campos de concentración nazis. Si no recuerdo mal, tuvo un gran éxito.

Ahora me ruega que escriba unas líneas a modo de prólogo a esta obra, también de entrevistas, a hombres y mujeres que lucharon contra Franco en la guerra civil, sufrieron en la europea y que, de una u otra manera, padecieron las consecuencias de la no menos implacable represión durante la dictadura franquista. Algunas de estas entrevistas las ha hecho, con pudor, respeto y pulcritud, a personajes conocidos. La mayoría son anónimos. Varios han escrito memorias de escasa circulación. Otros se han abierto ante ella por primera vez. Todos son, por razones de tiempo y de generación, mayores. No faltan los que han fallecido antes de ver publicados sus testimonios en esta obra.

Montserrat ha hecho una labor impagable: la de sacar a la luz en formato de libro bien estructurado los testimonios de una quincena de personas, una gota de agua, cierto, entre los muchos millones que dijeron no al fascismo. España, no se recordará nunca lo suficiente, fue el único país de Europa en el que una parte sustancial de la ciudadanía se negó a aceptar el orden que, por la sangre y las bayonetas, quisieron imponer unos militares felones con concomitancias nazi-fascistas y que desembocó en una dictadura de casi cuarenta años. No lo hicieron los austríacos. No lo hicieron los checos. Lo hicieron únicamente los etí-

pes en África, los chinos en Asia y los españoles en Europa, mientras las democracias occidentales se bañaban en la dulce ilusión del apaciguamiento de, forzando un poco la conocida expresión de F. D. Roosevelt, los tigres fascistas.

Esta recuperación de los sentimientos y vivencias de ciudadanos corrientes y molientes está en línea con las tendencias más avanzadas de la historiografía, española y extranjera, que van incorporando al estudio de la acción humana en el pasado (que es al fin lo que es la Historia) las que la hicieron y padecieron en la base. Muchos de tales ejemplos quedan relegados a archivos específicos. En ellos bucean historiadores, sociólogos, politólogos en busca de datos con los cuales apuntalar planteamientos teóricos.

Dar luz a tales testimonios de actores y testigos en textos escritos estructurados se remonta en nuestro país a ejemplos como el de Ronald Fraser, pionero en abordar su introducción para el caso específico de la guerra civil. Desde entonces los avances en historia social, de género y de las mentalidades, los progresos registrados en psicología social y en sociología han ampliado el abanico de posibilidades para enriquecer y superar una historia centrada en los «grandes hombres» a lo Carlyle. Incluso en historia militar, tan refractaria durante tanto tiempo a planteamientos renovadores, la incorporación de las nuevas tendencias historiográficas es un hecho. Los éxitos editoriales de autores que escriben esta «nueva historia» muestran hasta qué punto los lectores están abiertos a los mismos.

El título elegido por Montserrat Llor es un acierto. ATRAPADOS es el término más adecuado bajo el cual englobar las entrevistas que ha recogido o reelaborado. Los actores que dan fe de sus vivencias y testimonios estuvieron, en efecto, atrapados en el engranaje (por utilizar la terminología de un Jean Paul Sartre hoy un tanto en olvido) de la guerra civil, del exilio o de la dictadura. De los primeros ya quedan muy pocos. Del exilio, afortunadamente, hay más y los sobrevivientes a la represión franquista, experien-

cia completamente exótica para la mayor parte de los españoles, todavía están en buenas condiciones de desgranar sus recuerdos.

Todos ellos fueron víctimas de dos concepciones aberrantes, que las nuevas generaciones de estudiantes e incluso sus padres tendrán dificultades en reconocer:

La primera fue que los vencidos representaban la «escoria» de la nación. Este fue el epíteto que les dedicó el general Francisco Franco en uno de sus primeros discursos ante las sumisas Cortes que se había inventado. O también el que permeabilizó la acción de uno de los represores que no tuvo el menor inconveniente en plasmarlo en una memoria sobre la actuación de la fiscalía del denominado «Ejército de Ocupación». Hombre acreedor, sin duda, de las más altas distinciones, no en vano fue el fiscal que solicitó la pena de muerte contra Julián Besteiro y uno de los gobernadores civiles de que «gozó» Barcelona.

La segunda concepción reconoció que quienes en realidad se habían rebelado contra el Gobierno «legítimo» eran los defensores de la legalidad republicana. La prosa insuperable de la denominada «Justicia Militar», que era sin duda militar pero no justa, omnipotente y omnipresente durante la mayor parte de la dictadura, lo afirmó por activa y por pasiva. ¿Por qué? Porque en una manifestación de proyección casi patológica (característica muy común entre los vencedores y los historiadores que les apoyaron y, a veces, todavía les apoyan).

... Desde el momento en que el Ejército se alzó en armas el 17 de julio último adquirió de hecho y de derecho el poder legítimo, lo mismo en su origen que en su ejercicio y, por consiguiente, convierte en rebeldes a todos los que a dicho movimiento se oponen...

Este trastocamiento de los hechos se vio siempre acompañado, desde 1936 a 1975, de algunas otras características: la presunta necesidad de oponerse a una «revolu-

ción comunista» a punto de estallar; el desastre total en que la República permitió que se sumiera la sociedad española en una oleada (u orgía) de violencia ya que, como señala todavía hoy una historia oficial del Ministerio del Interior, había creado una situación de «preguerra civil»; la voluntad de implantar en España, caso de que triunfara el Gobierno «ilegítimo» de 1936, una República popular a remedo de lo que ocurriría en la Europa del Este, etcétera.

Para impedirlo actuaron las fuerzas armadas (dirigidas contra el «enemigo interior») y la Brigada Política-Social, omnipresente en los recuerdos de muchos de los entrevistados en este libro. Una policía repleta de torturadores que respondía exactamente a lo previsto en la ley de 8 de marzo de 1941 sobre reorganización de los Cuerpos de Seguridad:

La victoria de las armas españolas, al instaurar un régimen que quiere evitar los errores y defectos de la vieja organización liberal y democrática, exige de los organismos encargados de la defensa del Estado una mayor eficacia y amplitud (...)

En consecuencia, la «nueva policía española» realizaría una «vigilancia permanente y total para la vida de la Nación que en los Estados totalitarios se logra merced a una acertada combinación de técnica perfecta y de lealtad». De aquí que en esta obra aparezcan nombres inolvidables como los de los comisarios Polo y Conesa o los hermanos Creix, funcionarios que sin duda se beneficiaron de la transmisión de *know-how* sobre técnicas de interrogación practicadas por organismos tan sobresalientes como la Gestapo o las SS y con los cuales previsoriamente se habían establecido acuerdos de cooperación bien conocidos pero que, ¡oh, milagro!, desaparecen en la historia oficial a que nos referimos.

Este trasfondo, examinado por innumerables autores de las más variadas tendencias historiográficas, es el que late detrás de las experiencias que retoma o da a conocer Montserrat Llor. Las de una selección de ciudadanos que sobrevivieron a todas las penalidades, a todas las injusticias y a todas las luchas. Hay algunas que son literalmente increíbles como la del niño mutilado en el exilio soviético que terminó siendo llamado a asistir como neurorradiólogo a los últimos días de vida de Franco y que se empeñó en que lo trasladaran desde el botiquín de urgencia del Palacio del Pardo al Hospital de La Paz en Madrid. O la de la niña que sufrió las inauditas privaciones del cerco nazi a Leningrado durante casi un año.

Estas páginas están repletas de heridas de la guerra, heridas del exilio, heridas de la represión. Experiencias que demuestran la capacidad de supervivencia de seres normales en circunstancias totalmente anormales. Una recopilación de recuerdos que, de no haberse fijado en otros lugares o en este libro, habrían desaparecido de la historia pero que, en su sencillez y en su entereza, ilustran las mismas muestras de resistencia a la adversidad que siempre recogieron los grandes historiadores o que han alumbrado páginas inmortales de la literatura universal.

Mi más cordial enhorabuena a Montserrat Llor y mis mejores deseos a los lectores que tengan la suerte de profundizar en este libro.

ÁNGEL VIÑAS
Catedrático emérito de la UCM

1

Atrapados entre dos guerras. Sus heridas por Tierra, Mar y Aire

LA HISTORIA DE UNA ÉPOCA se fija casi siempre en sus aspectos más trágicos y dolorosos. Uno de ellos cumple ochenta años en julio de 2016 y permanece aún vigente: la guerra civil en España.

Pertenece a unas generaciones que han experimentado en su propia carne lo que para otras no es más que historia. Somos generaciones sacrificadas y sufridoras. Toda tu poesía es de testimonio: testimonia la tristeza, la crueldad, el dolor permanente adherido a los huecos del ser humano en su dramática andadura. Es lo que hizo aquel tiempo tremendo que nos tocó vivir: signó los corazones de amargura y nos moriremos con su estigma indeleble. Pero nada se pierde y todo sirve para empujar la vida hacia el futuro.

No es ningún extracto de un libro, no es un fragmento de un artículo; son las palabras que el poeta Leopoldo Urrutia de Luis, más conocido como Leopoldo de Luis (Córdoba, 1918-Madrid, 2005) le dedicó a una poetisa, la nonagenaria Ángeles García-Madrid, presa en cuatro cárceles franquistas. Nunca han trascendido estas palabras ni muchas otras que su amigo y compañero de literatura, ideales y presidio le dedicó a finales de los años setenta e inicio de los ochenta. Para entonces, Ángeles, con su rebeldía inna-

ta, editaba sus memorias y poemas de cárcel mientras batallaba para legalizar en Madrid la Asociación de Expresos y Represaliados Políticos Antifascistas, nacida clandestinamente durante el franquismo.

Son textos y cartas que ella me mostró personalmente, con interés, cariño y nostalgia. «Esto no puede perderse», me decía al rescatar tan minúscula parte de un extenso pasado. Son documentos que no forman parte de la historia oficial y que solamente se recuperan con el testimonio vivo, con la recopilación de la Historia Oral. Éste es el objetivo de *Atrapados*.

El emisor de aquellas letras, el poeta cordobés Leopoldo de Luis, sabía de qué hablaba, había vivido la semilla de la democracia y la libertad en su propia casa. Era hijo de padre intelectual, poeta y republicano, Alejandro Urrutia, además de amigo del poeta Miguel Hernández y otros autores combatientes. Participó en la guerra civil, se alistó voluntario en el Ejército Republicano y al finalizar la guerra fue cautivo durante cuatro años en las cárceles y campos franquistas.

Por eso es importante recordar, para aprender del pasado. En el año 2016 se cumplen dos históricas efemérides: el 85.º aniversario de la proclamación de la Segunda República (14 de abril de 1931) y los ochenta años del golpe de Estado militar (17-18 de julio de 1936) que quiso derrocar al gobierno legítimo de la Segunda República y cuyo fracaso supuso el inicio de la guerra civil en España.

Contextualizando brevemente este libro en un marco histórico, cabe recordar que en febrero de 1936 una coalición de izquierdas, el Frente Popular, conseguía situarse al frente del gobierno legitimado por las urnas. Eran las terceras elecciones generales de la Segunda República española y las últimas porque toparía con una derecha contrariada que provocaría un golpe de Estado militar. El intento de derrocar por la fuerza aquel gobierno democrático generaría una reacción por parte del pueblo que, desde el primer